

JOE LOUIS, "EL BOMBARDERO DE DETROIT"

***"No soy el mejor de la historia de los grandes pesos: este honor corresponde a Jack Dempsey".**

Entre los peatones más pintorescos de la Quinta Avenida de Nueva York se cuenta, de unos meses a esta parte, un hombre anuncio que postula por el inminente "Movimiento de Liberación del Marido". Se pasea arriba y abajo repartiendo octavillas alusivas al tema y en una de sus pancartas se puede leer algo relacionado con la confianza de que dentro de poco el Movimiento será tan universal como el precedente de la mujer. Joe Louis sonrió entre divertido y nostálgico al recoger de manos del extraño "profeta" el folleto explicativo. Para el más grande peso pesado de la historia del boxeo, para el ídolo negro de América, todos sus éxitos en el ring se convirtieron en estrepitoso fracaso en la vida sentimental, y los cinco divorcios que lleva sobre sus poderosas espaldas le han sumido en la ruina. Y no lo oculta:

--Estoy en la ruina...

Toda América lo sabe. Pero en estados Unidos se sabe ser generoso con los ídolos. Y con Joe Louis se ha sido y se es generoso. Mientras en España Antonio Ruiz, "El emperador de Vallecas", moría de inanición una fría madrugada madrileña, para poner un ejemplo, Joe Louis sigue llevando una vida de grandeza a costa de los aficionados que encandiló en su época dorada. Cuando lo encontré en la ciudad de los rascacielos se alojaba en el Essex House Hotel, junto al Central Park, uno de los hoteles más caros del mundo, y un banquero de Connecticut le había mandado un Cadillac con chófer uniformado por el solo placer de recibirle en casa y charlar un rato.

Pero antes tenía una cita con AS, que sólo le ofrecía recorrer el bosque de sus vivencias, hacer recuento de su gloria e intentar buscar, en cualquier rincón de su cerebro, la esperanza de saberse querido y recordado por todos los aficionados españoles que seguían, a través de la prensa y los noticiarios cinematográficos, sus hazañas.

--Tengo media hora para usted, pregunte lo que quiera...

--Media hora no da para mucho. Pero hay que apurar. No todos los días surge la oportunidad de tener enfrente a un "monstruo sagrado" del ring. A este hombre impávido en su

expresión, con cara de buda feliz, de ojos oblícuos por herencia de su madre india, cordialísimo y a la vez lacónico. En una palabra, señoras y señores, Joe Louis Barrow, "El bombardero de Detroit". El campeón invicto. Y es preciso diferenciar, además, su doble vida. Comencemos por la de púgil.

Joe Louis fue el séptimo hijo del matrimonio formado por Monroe y Lillie Resse Barrow. Vino al mundo en una pobre cabaña de Lafayette, en los campos algodoneros de Alabama, el 13 de mayo de 1914. A los nueve años se quedó huérfano de padre, y al año siguiente, con un padrastro en su vida, se mudó a Detroit.

--En Detroit comencé yendo al colegio, y en las horas libres me ganaba unos centavos como repartidor de hielo. De esta época guardo una experiencia que siempre me ha acompañado a la hora de enjuiciar el mundo del boxeo. Para mí el mundo del boxeo es majestuoso referido a los que lo practican y malo en lo relacionado con los que lo organizan. Un manager de boxeo me recuerda siempre a mi amigo Willy, con el que repartía el hielo. Mientras él se quedaba en la acera, custodiando la carreta, yo subía las barras de hielo al hombro a los pisos. Y ganábamos igual.

--Mientras estudiaba o repartía hielo, ¿soñaba ya con el boxeo?

--Sí. Yo era muy alto y muy fuerte para mi edad, y los amigos me decían que debía probar suerte en el cuadrilátero. Tenía entonces un ídolo, que era Jack Dempsey, que para mí ha sido el número uno de la categoría de los pesos pesados. Mirándome en el espejo de Dempsey comencé a frecuentar el gimnasio.

--Hábleme de sus comienzos...

Joe Louis se retrepa en el sillón. Sus recuerdos son tan apasionantes que le hacen olvidar momentáneamente su cita con el banquero. A su lado, su sexta esposa asiste complacida al diálogo. Hay cosas que aunque hayan sido contadas muchas veces, satisface siempre evocarlas de nuevo:

--Disputé cincuenta y cuatro combates como aficionado, desde los dieciocho años hasta los veinte, en que me hice profesional. El primero de todos lo perdí por una tremenda paliza, que en vez de desilusionarme me dio más fuerzas para seguir. Los demás combates los gané, muchos de ellos por k.o. En 1934 me hice profesional y en los quince años que van hasta mi primera retirada, en marzo de 1949, sólo perdí un combate: fue en Nueva York, ante Max Schmeling.

--¿Cuáles fueron sus primeros rivales serios?

--Antes de llegar a esta derrota con Schmeling, al que más me

costó ganar fue a Natie Brown, en combate celebrado en Detroit, y luego Primo Carnera y el español Paulino Uzcudun.

--Luego el combate con James J. Bradcock y el título mundial que ya no perdería...

--Sí, esta pelea con Bradcock fue en Chicago y gané en el octavo asalto. A partir de entonces casi solo hice combates defendiendo el título, hasta llegar a un total de veinticinco, que es un récord.

--Un récord inigualable...

--Estoy orgulloso de ello.

--En 1949 se retira poseyendo el título de campeón del mundo de los pesos pesados...

--Así es. Pero volví a la actividad. Me dediqué a combates de exhibición, hasta que a finales de 1950 disputé un nuevo combate para el título con Ezzard Charles y perdí. Pero la derrota que más daño me hizo fue ante Rocky Marciano, en Nueva York. Este día comprendí que estaba acabado para el boxeo.

Este día, 26 de octubre de 1951, a sus treinta y siete años de edad, Joe Louis bajó del ring del Madison Square Garden llorando. Con él lloraba América. Había caído un ídolo. A pesar de la resistencia en abandonar las doce cuerdas, ya que a renglón seguido Joe Louis se hizo profesional de lucha americana y árbitro de boxeo.

--¿Se considera usted el mejor peso pesado de la historia?

--Tengo un palmarés muy difícil de igualar, pero no soy el mejor de la historia de los grandes pesos: este honor corresponde a Jack Dempsey.

--¿Joe Louis o Cassius Clay?

--Ganaría yo.

Joe Louis se levanta. Alto, desgarbado, de andar bamboleante, grandes manos que se agitan como abanicos para corresponder al cariñoso saludo de los viandantes que le reconocen. Su humanidad es impresionante. La vida le hizo perder mas combates que su profesión: tres en el ring no son nada comparadas con las derrotas en los juzgados ante sus ex esposas. Cinco divorcios en total. Una fortuna dilapidada. Lo único que no le han podido arrebatarse es la gloria.